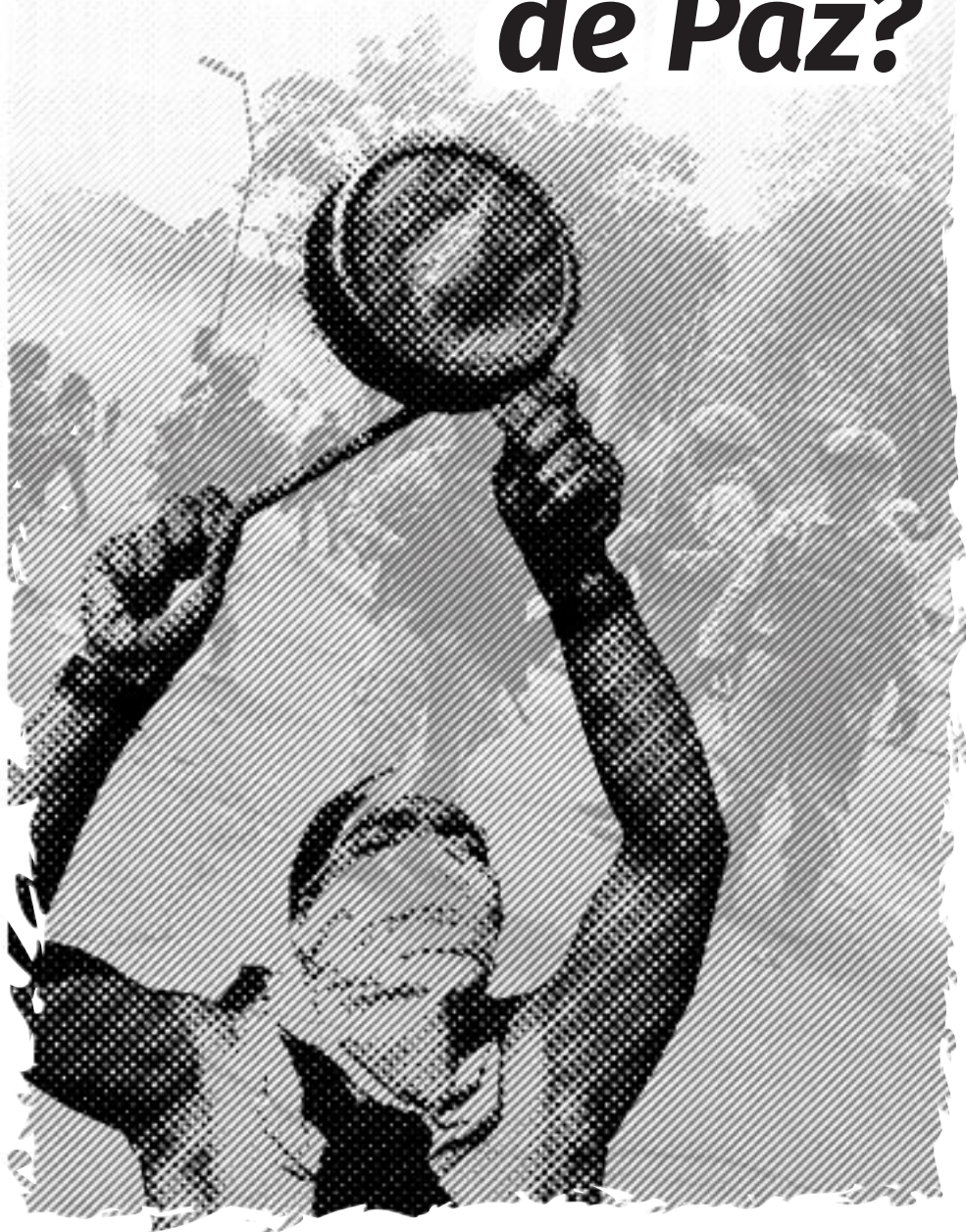


*A Qué se Refieren*  
**Cuando Hablan  
de Paz?**



Este ensayo proviene del colectivo anarquista norteamericano CrimethInc. Fue publicado el año 2014 durante las semanas de revuelta lideradas por la comunidad negra en Ferguson, Missouri, después del asesinato policial de un adolescente de raza negra, Michael Brown. Lo hemos traducido y republicado en español porque consideramos que el discurso del gobierno durante la Revuelta de Ferguson es casi idéntico al del presidente Piñera durante la revolución chilena del 2019. Esto, por supuesto, no es una sorpresa. Tanto la represión como las reformas son formas de calmar rebeliones populares, pero si

entendemos el gobierno como un monopolio del uso legítimo de la fuerza, la lógica nos dice que ningún gobierno va a tolerar movilizaciones prolongadas de fuerza popular en las calles. Si la represión bruta no funciona, como el estado de emergencia y ley marcial no lograron detener la rebelión chilena de octubre 2019, el estado intentará dividir y conquistar el movimiento -alabando ciertas tácticas, criminalizando otras y ofreciendo reformas para "volver a la paz", lo que significa volver a un mundo organizado según los intereses del estado y el capital. Sean implementadas o no estas reformas, al gobierno no le importa más que legitimar



la represión que usarán en nombre la paz y el regreso de la supuesta “normalidad”.

Para los anarquistas, la promesa de paz resulta vacía mientras exista bajo un marco de explotación y jerarquía. La única paz que vemos posible está basada en una sociedad sin opresión, sin asimetrías de poder, y para eso tenemos que estar preparados para luchar en contra de aquellos que quieren imponer su voluntad sobre el resto de nosotros.



## ¿a qué se refieren cuando hablan de paz?

*“Estoy comprometido con asegurarme de que las fuerzas de la paz y la justicia prevalezcan”,* dijo Jay Nixon, gobernador de Missouri en Ferguson el sábado 16 de agosto, luego de la explosión de una serie de conflictos a partir del asesinato policial del adolescente Michael Brown. *“Si vamos a alcanzar la justicia, primero tenemos que alcanzar y mantener la paz.”*

Así es como funciona—primero impones la paz, y luego alcanzas la justicia? Y qué significa siquiera aquello de las fuerzas de paz y justicia? De qué tipo de paz y justicia estamos hablando aquí?

Como todos sabemos, si no fuera por las protestas en Ferguson, la mayoría de la gente jamás habría oído del asesinato de Michael Brown. Policías blancos asesinan cientos de personas de raza negra cada año sin que la mayoría de nosotros nos enteremos siquiera. Ese silencio—la ausencia de protesta y interrupción— es la paz que el gobernador Nixon quiere que pensemos que producirá justicia.





Esta es la misma narrativa que siempre escuchamos de parte de las autoridades. Primero, tenemos que someternos a su control, y luego escucharán nuestras preocupaciones. Todos los problemas que enfrentamos, insisten, son causados por nuestra negativa a cooperar. Este argumento suena más persuasivo aun cuando es abordado desde la retórica de la democracia: son “nuestras” leyes que debemos acatar y obedecer—“nuestros” policías que nos están disparando y gaseando—“nuestros” políticos y líderes rogándonos que volvamos a la vida normal. Pero volver a la vida normal es

pisotear los cuerpos de innumerables Michael Browns, condenándolos al cementerio del olvido.

La paz del gobernador Nixon es lo que ocurre después de que la gente ha sido pacificada a la fuerza. Su justicia es lo que sea que cueste engañarnos para que aceptemos la paz en dichos términos—peticiones que se van directo al tarro de la basura, demandas que nunca generan más que una palmada en la mano para los asesinos de uniforme, campañas que puedan hacer avanzar la carrera de un activista o político, pero jamás pondrán fin a los asesinatos de personas

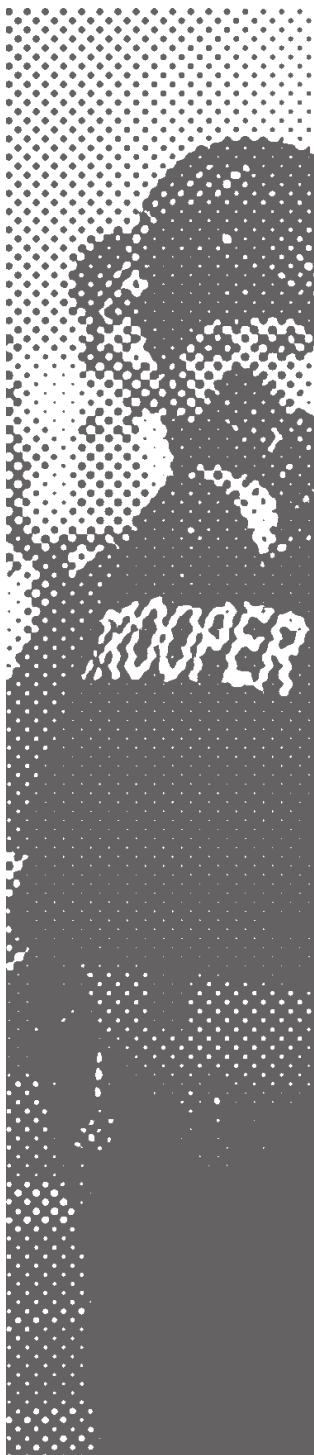


desarmados de raza negra.

Permítenos proponer otro enfoque desde el cual enfrentarnos al conflicto—al que podríamos llamar el enfoque anarquista. La idea básica es bastante directa. La paz real no puede ser impuesta, solo puede emerger como una consecuencia de la resolución del conflicto. De ahí viene el dicho popular: si no hay justicia, no hay paz.

Dejado a su suerte, un estado de desequilibrio tiende a volver al equilibrio. Para mantener un desequilibrio, es necesario introducir fuerza a la situación. Mientras más grandes son las disparidades, más fuerza se requiere para preservarlas. Esto es tan real en nuestra sociedad como lo es en la física.

Esto significa que no puedes tener gente rica y gente pobre sin una policía que imponga esa relación desigual con los recursos. No es posible ser blanco, lo que estabiliza la división de clase, sin una vasta infraestructura de cortes y prisiones racistas. No es posible mantener a dos millones y medio de personas—cerca de un millón de ellos son personas de raza negra—tras las rejas sin la constante preocupación por violencia potencialmente letal. No es posible hacer cumplir leyes que



protegen la riqueza de los buenos liberales, como el gobernador Nixon, sin policías como Darren Wilson asesinando personas de raza negra por cientos.

La militarización de la policía no es una aberración—es una condición necesaria en una sociedad basada en jerarquía y dominio. No es solo la policía la que ha sido militarizada, sino que nuestra manera de vivir por completo. Cualquiera que no vea esto no conoce el fin último del negocio de las armas. Estas son las fuerzas de paz y justicia, los mecanismos que “mantienen la paz” en un orden social dramáticamente desbalanceado.

A veces se manifiesta como cámaras de seguridad, guardias, o policías deteniéndonos y buscándonos o disparándonos. En otras ocasiones, cuando aquello se vuelve demasiado controversial, las fuerzas de la paz y la justicia reaparecen como los policías bondadosos a los que parecemos importarles de verdad, los políticos serios que quieren mejorarlo todo—lo que sea necesario para volver a tener la opinión pública del lado de quienes disparan gases lacrimógenos. Y en otras ocasiones, las fuerzas de paz y justicia son líderes comunitarios rogándonos que dejemos las calles, acusándonos de ser

“agitadores externos” o prometiendo salidas más efectivas para nuestra rabia si tan solo cooperáramos—lo que sea para frustrar, desacreditar o aplazar la lucha inmediata contra la injusticia. En todos los casos mencionados, es la misma mentira: paz ahora, justicia después.

Pero la verdadera paz es imposible hasta que pongamos fin a la violenta imposición de desigualdades. Todos los conflictos que hoy son reprimidos por las fuerzas del orden—entre agitadores y residentes, entre ricos y pobres, entre los radicalmente privilegiados y todo el resto—deben poder salir a la superficie. Si se hace imposible para cualquiera obligar a otros a aceptar una relación que no le sea beneficiosa, entonces y solo entonces, existirá un incentivo para que todos reconozcan los conflictos y busquen acuerdos.

Esta es la única forma de avanzar, pero es un prospecto desalentador. No es sorprendente que muchas veces la gente culpe a aquellos que se defienden en vez de aceptar cuan profundas son las divisiones en nuestra sociedad. Esto explica porque tantas autoridades aparentemente bien

intencionadas han fingido no entender porque la gente podría aceptar el saqueo como una forma de protesta en contra del asesinato de Michael Brown. La misma constante imposición de la fuerza que se llevó la vida de Michael Brown aleja a millones como el de los recursos que necesitan diariamente. Bajo esta luz, el saqueo hace perfecto sentido—como una forma de resolver el problema inmediato de la pobreza, de rebelarse contra la violencia de las autoridades, y de enfatizar que el cambio debe ir más allá de una simple reforma policial.

No reneguemos de aquellos a quienes se les pasa la mano recordándonos los conflictos que no serán resueltos en nuestra sociedad. Por el contrario, deberíamos agradecerles. Ellos no están alterando la paz, simplemente están sacando a la luz que nunca existió paz, que nunca existió justicia en primer lugar. Arriesgándose tremendamente, ellos nos están haciendo un regalo: la posibilidad de reconocer el sufrimiento alrededor de nosotros y redescubrir nuestra capacidad de identificar y simpatizar con aquellos que lo vivencian

Solo podemos percibir tragedias

como la muerte de Michael Brown como lo que son cuando vemos otras personas reaccionando a ellas como tragedias. De lo contrario, a menos que los eventos nos toquen directamente, permanecemos adormecidos. Si queremos que la gente identifique una injusticia, es necesario reaccionar a ella inmediatamente, tal como lo hizo la gente en Ferguson. No se puede esperar un momento mejor, ni negociar con las autoridades, ni formular una frase pegadiza para una audiencia imaginaria representando a la opinión pública. Se tiene que proceder inmediatamente a la acción, dejando de manifiesto que la situación es lo suficientemente seria para ejecutarla.

Ferguson no es un caso aislado—hay innumerables pueblos parecidos en Estados Unidos, en los cuales se dan las mismas dinámicas entre la policía y la gente. La rebelión en Ferguson no será la última de su tipo. Aquellos como nosotros que no nos tragamos el programa de “paz ahora, justicia después” de Nixon, tenemos que prepararnos para las luchas que están por desencadenarse. Ojalá algún día nos encontremos en un mundo sin gas lacrimógeno, en el que el color de la piel no sea un arma.

*“...la verdadera paz es imposible hasta que pongamos fin a la violenta imposición de desigualdades. Todos los conflictos que hoy son reprimidos por las fuerzas del orden—entre agitadores y residentes, entre ricos y pobres, entre los radicalmente privilegiados y todo el resto— deben poder salir a la superficie. Si se hace imposible para cualquiera obligar a otros a aceptar una relación que no le sea beneficiosa, entonces y solo entonces, existirá un incentivo para que todos reconozcan los conflictos y busquen acuerdos”*



**CrimethInc.**

[es.crimethinc.com](http://es.crimethinc.com)

**LA PESTE.ORG**